

“LA NACION”
Victor Carvacho.
Crítico de Arte.
1960.
Santiago. Chile.

Escultura: Sergio Castillo.

Sergio Castillo es conocido. Aún por el anónimo y gran público que poco sabe de exposiciones en salas ad-hoc. Recordamos los gallos policromados de la Feria del Forestal: encantaban a los curiosos. Y no era cosa del ambiente, de la luz, de la vecindad propicia del río. La admiración, esa suerte de felicidad que otorgaba hasta a los más severos, procedía de la gracia de esas esculturas gemelas de la belleza viviente, móvil, nerviosa y barroca. Ahora el escultor ha poblado la muy seria sala del Ministerio de Educación. No hay sólo

gallos. También hay toros. Abundan las bestias y criaturas de altivo estilo. Peces de formas ondeantes, como sirenas grávidas, tienen curiosas matizaciones de tintes metálicos. Y, lo que parece infaltable, formas abstractas de caprichosas contorsiones, que sugieren instrumentos o maquinarias hechas para jugar lírica y gratuitamente en el espacio.

El valor primordial de las esculturas de Castillo proviene de la gracia. Pertenece este artista a esa especie poco frecuente de los que tienen duende. Nos imagina-

mos que le basta con tomar un trozo de bronce, una lámina de fierro, una cañería de cualquier sustancia para que ésta, sin elaboración previa del pensamiento, empiece a metamorfosearse, a adquirir significación. Canta la materia al pasar del estado amorfo al escultórico. Abre una puerta a la imaginación y se engalana con las más bellas apariencias. Apariencias que nacen de la fauna rediviva, estéticamente, en los volúmenes y en el enriquecimiento de las coloraciones. Castillo, al igual que en la escultura de los grandes períodos, tanto de oriente como de occidente, no concibe la forma desprovista del policromado. Sobre el metal aplica, y lo funde íntimamente, el pigmento de los esmaltes. Dado el tamaño recurre a un procedimiento propio: la alta temperatura del soplete a oxígeno. Eso explica ciertas

particularidades de la fusión tan libre de los matices, el inusitado brillo y la colaboración controlada del azar.

Lejos estamos, en este juego creador, de postulados, conceptos y dogmas. Castillo es un espontáneo. Trabaja asociado con los materiales y la materia. Ellos le sugieren, le indican o dictan ciertas expresiones y determinadas formas. Por eso está mejor en el retrato o en lo alusivo a lo orgánico. En lo abstracto se hace ver una cierta inflexibilidad de la materia, como ésta se hiciera indócil, sobre todo cuando trata elementos a base de barras y tubos. No obstante, en esta exposición hay una escultura de este género que es todo un hallazgo: es la compuesta con un trozo de mineral en bruto. Y es que Castillo tiene siempre algo de imprevisible.